

**ARMACANQUI TIPACTI, Elia J. *Sor María Manuela de Santa Ana: una teresiana peruana*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, 1999. iii, 256 p. (Cuadernos para la historia de la evangelización en América Latina; 21). ISBN 9972-691-14-4.**

*Teodoro Hampe Martínez*

Este nuevo libro, sobre la trayectoria de una desconocida monja limeña del siglo XVIII, reposa en la tesis doctoral que Elia J. Armacanqui Tipacti defendió en 1995 ante el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Wisconsin (Madison). En la versión que se ha llevado a la imprenta, la consagrada historiadora Asunción Lavrin –prologuista de la obra– destaca el mérito de haber rescatado la vida espiritual de sor María Manuela de Santa Ana, tal como se expresa a través de su autobiografía, las cartas a su confesor, sus poemas y algunos documentos personales. Sor María Manuela, religiosa del convento dominico de Santa Rosa de Santa María, optó por el camino de recogimiento físico y espiritual que muchas mujeres de su época hallaron idóneo para alcanzar las satisfacciones a las que podían y querían aspirar.

La intimidad dentro de la cual sor María Manuela creó sus propios testimonios es una característica que la separa de la escritura puramente artística o literaria, aquella que Ella Dunbar Temple –en un ensayo de hace muchos años (1939)– caracterizó como literatura aristocrática o plañidera “Esa soledad sin testigos dentro de la cual la religiosa estableció los nexos con sus fuentes de inspiración es precisamente una de las características más apasionantes de la escritura conventual. En ella se vierte el sujeto-autor sin inhibiciones y en una búsqueda que es más intensa cuanto más difícil se representa...”, anota en el prólogo Lavrin (p. ii).

Durante la época colonial, el acto de escribir era casi un privilegio monástico, pues fueron pocas las mujeres ajenas a los conventos que pudieron ejercerlo. Aun así, no todas las monjas fueron escritoras, porque era necesario tener no sólo habilidad sino también el arrastre que guiara la espiritualidad hacia un cauce de expresión apropiado. En la obra de sor María Manuela, concretamente, destacan facetas como el fino erotismo de amor divino, la confianza en el favor celestial, la humildad penitencial y la construcción de “capillas” interiores (al estilo de las moradas de Santa Teresa, su modelo). Se trata, pues, de un sujeto femenino que es al mismo tiempo único y representativo de un colectivo social.

Hoy ya no se puede soslayar que las mujeres, de origen tanto europeo como indígena, participaron activamente en la formación de la cultura colonial de Hispanoamérica por ser el eje del núcleo familiar, donde se transmitían los valores y enseñanzas de base. Hubo de pasar largo tiempo, empero, hasta que al calor del movimiento feminista –acompañado de presupuestos desconstruccionistas y antifreud-

dianos— se empezara a buscar (y publicar) testimonios de mujeres con el fin de reivindicar el rol del “sexo débil” en la colectividad indiana. De manera consciente, en esta línea, Armacanqui Tipacti procura empalmar con las investigaciones pioneras de Josefina Muriel y Asunción Lavrin, que se encargaron de esclarecer la participación de la mujer en la cultura colonial, centrando sus enfoques en el virreinato de Nueva España.

El enclaustramiento ofrecía a las hijas de familias acomodadas la oportunidad de desarrollar su vocación religiosa e intelectual, creando un lugar alejado de las “interferencias” del mundo secular, y sobre todo del control patriarcal que primaba en el ámbito hogareño. Así hay que entender el caso de doña María Manuela Hurtado de Mendoza e Iturrizarra (1695-1793), la protagonista de este nuevo estudio, una limeña de buena cuna, emparentada con linajes distinguidos de la Península. Fue en la biblioteca del propio convento de Santa Rosa de Santa María donde Armacanqui Tipacti halló dos manuscritos inéditos de ella: su Vida o autobiografía y sus Esquelas originales de correspondencia espiritual, que incluyen tanto versos de tema religioso como cartas a su director espiritual, compuestas en tono y forma semejantes al Cantar de los cantares.

Los documentos legados por sor María Manuela, y salvados del olvido tras más de doscientos años, significan una puerta abierta al mundo conventual de la ciudad de Lima durante su época de mayor esplendor. Sabemos que el convento de Santa Rosa de Santa María (fundado en 1708) era una comunidad de monjas recoletas, donde se llevaba una vida bastante austera, con verdadera renuncia al boato y la comodidad. De todas formas, las religiosas de clausura no formaban una isla absoluta dentro de la ciudad: poseían instrumentos apropiados para enterarse de las noticias y cotilleos que corrían en la corte virreinal, según lo pusiera de manifiesto Luis Martín (1983) al destacar la función de las “recaderas”, servidoras que entraban y salían del claustro y eran seleccionadas entre aquellas de mayor confianza y experiencia. Las recaderas eran como los ojos y oídos de la comunidad monacal allende los muros.

Lo mismo vale para la experiencia individual de María Manuela de Santa Ana, conforme se observa en el libro que comentamos: “A pesar de que en sus escritos sor María Manuela no emite opinión directa sobre los acontecimientos fuera de los muros de su convento, creo —dice Armacanqui Tipacti— que no sólo sabía de los acontecimientos de la capital del virreinato, sino que también ella misma admite que de alguna manera estaba enterada de todo lo que pasaba en el mundo seglar” (p. 41). En su autobiografía refiere la visión premonitoria que tuvo de la expulsión de los padres y hermanos de la Compañía de Jesús, medida que le parecía injusta y poco atinada.

Ahí radica, precisamente, una de las ideas-clave de la moderna investigación de raíces yanquis. Se demuestra que la Hurtado de Mendoza era una mujer cultivada y una hábil administradora de negocios, que manejaba con acierto su dote y las propiedades que tenía el convento. Si bien repetía en literatura los moldes típicos de su

género, tuvo una despierta conciencia histórica, de ubicación en un tiempo y espacio determinados; ella remarcó el ingreso a la vida monacal como una alternativa de las mujeres frente a la dominación patriarcal y dio rienda suelta a las posibilidades de expansión filosófica e intelectual que le brindaba su pertenencia a una comunidad religiosa. Así fue capaz de transmitirnos nociones de primera mano, no sólo del alma, de sus visiones y su unión mística con Dios, sino también de la propia sociedad en que vivía.

Por otra parte, el libro procura relacionar a María Manuela de Santa Ana con una coetánea y lejana pariente suya, Micaela Villegas y Hurtado de Mendoza, la Perricholi, una de las primeras mujeres peruanas cuyo nombre pasó a los anales históricos. A ésta se la encuentra, de hecho, en innumerables obras de literatura e historia gracias a la fama de su romance trasgresivo con el virrey Amat. Tanto la Perricholi como la religiosa dominica *\_fiel imitadora de Santa Teresa\_* compartieron la vocación por el arte: la primera fue una actriz reconocida por su talento y la segunda, una escritora manifiesta a través de su autobiografía y otras piezas en prosa y en verso.

En la parte final de la reciente publicación, Elia J. Armacanqui Tipacti reproduce los dos manuscritos originales de sor María Manuela de Santa Ana, añadiendo una declaración sobre la metodología empleada y una serie de notas a pie de página. Nos hallamos, en suma, ante una novedosa, útil y jugosa aproximación a la escritura femenina del Virreinato, en el género de la "literatura iluminada" que caracterizaba E. D. Temple. Se trata de una comprobación adicional de que el recurso a las letras por parte de las mujeres en aquella época fue restringido y sometido a estrictos cánones, pero no exento de posibilidades de comunicación sobre el mundo íntimo y el contorno social de donde surgía la voz femenina.